

de la mauo á otro santo y le presentan al prelado, de cuyas manos recibe éste último el hábito blanco y el escapulario de la órden que va á unirse, órden á la vez real, militar y religiosa; el real fundador pronuncia los tres votos solemnes, y añade otro. . . ¡Oh! ¡qué voto el de implorar de continuo los auxilios de los fieles, para redimir los cristianos cautivos, y el de quedarse cautivo por ellos si lo exige la necesidad! El generoso fundador cede una parte de su palacio para fábrica del primer convento: los caballeros redentores llevan sobre su pecho las armas ya salvadoras de Aragon, y para decorar el doble escudo, Barcelona anada la cruz blanca de su Iglesia.

¿Y qué patriarca ha instalado el primero este sagrado instituto de héroes cristianos, que no contentos con arrancar de las garras del invasor el suelo precioso de las Españas, pretenden con todos los afanes de la caridad y á costa de su propia libertad, mas preciosa que la vida, penetrar hasta la morada del dolor y del cautiverio, enjugar su llanto y dar rescate al oprimido cristiano, para volverle á los brazos de su familia y al dulce aire de la patria? ¿Qué ángel del cielo pudo inspirar á la tierra una beneficencia tan inaudita, que, en el órden puramente humano, merece compararse con el del mismo redentor de la cautiva humanidad? ¡Ah! no puede ser otra la inspiradora que la Madre misma del grande Redentor. María escoje ese punto del globo, y esos hombres que en él habitan, para fundar su órden de Redención; María es la que elije á Barcelona entre todas las ciudades del universo para instituir esa caballería de religión y de gloria que descuella entre todas las demas instituciones benéficas y salvadoras. Barcelona es, pues, la ciudad de María por excelencia, y esta *merced* insigne con que la distingue la Madre del bello Amor, personificado en su imájen de tan hermosos recuerdos, es el título mismo con que hoy la invoca toda la Iglesia militante, para que se perpetúen todos los siglos, así la gloria de la augusta fundadora, como la de sus hijos, y las de la ciudad por tantos títulos ilustre, que recibió de María la mision mas heroica que se lee en los fastos del cristianismo.

En la parte del libro consagrado al culto de María, recorre el curioso y delicado Orsini las tres épocas principales, en las que se puede considerar, empezando ya en su mismo sepulcro, en donde se ponian á orar los cristianos que venian á Jerusalem. En el siglo III ya existian altares y capillas erijidas en honor de la Madre de Dios, segun testimonio de Baronio y de San Gregorio Nacienceno, no solo en España y en Siria, sino aun en la misma ciudad de los Césares inundada de idolatría. No tardó en estenderse hasta la Grecia tan tierna devocion. En Italia desenvolvióse con todo su esplendor el culto de María, bajo el imperio del

lijo de Constancio-Cloro, no solo en la capital, sino hasta en las humildes campiñas, desde donde se trasmitió al áspero terreno de la Gália, que fué desterrando poco á poco la abundante mitología del druidismo materializado, siguiendo la amable presencia de la imájen de María, á los vanos espectros debajo de las encinas sagradas. A medida que la luz evangélica se propagaba entre los celtas, cundia asimismo el culto de la Virgen en el centro de la Europa. En la invasion de los bárbaros del Norte tuvieron que esconderse las pequeñas estátuas de María. Era muy natural que cuando aquellas hordas de salvajes inundaron al Mediodia como un torrente devastador, tuviesen que esconderse los símbolos queridos de la parte mas bella de la civilizacion cristiana, hasta que despues, por uno de aquellos prodigios que ostenta la Providencia en la direccion de los sucesos del mundo, destruido por aquellos el muelle y corruptor politeísmo romano, renació de entre las ruinas causadas por aquellos invasores la nueva religion que iba trasformando la faz de la tierra, y con ella el culto de Jesucristo, de su Madre y de sus Santos. Así es como iban descubriéndose despues las santas imágenes, libradas del furor vandálico; hallazgos que, cercados de risueños prodigios, pintan con embeleso las crónicas españolas, belgas y francesas.

En el hundimiento universal de todas las instituciones, producido por la inundacion de los septentrionales, una sola cosa pudo resistir, y fué el cristianismo. Consolados por él únicamente los vencidos, debian con el tiempo domar el feroz espíritu de sus vencedores con la influencia poderosa de la nueva doctrina, que obraba de un modo asombroso sobre aque llos genios belicosos, pero austeros y no corrompidos. Solo los rayos de una fé divina de amor y de esperanza podian ablandar aquellos corazones empedernidos: el carácter de la Madre de Dios embelesaba aquellos pueblos feroces y recién convertidos, y los godos, germanos y escandinavos depusieron sus pieles y sus mazas á los pies de María. La Normandía y la Inglaterra conoció el culto de María mucho antes que la Europa septentrional; tuvo su origen en las orillas del Ebro; pasó mas tarde á la del Sena y del Támesis, y solo despues de prolongadas luchas y señaladas victorias se estendió á las naciones del origen esclavo, entre las cuales debe ocupar la Hungria el primer lugar. Las orillas del Vistula vieron á María venerada desde la conversion de Miceislao por la bella Dumbrowka, princesa de Bohemia, y la Polonia invocó por su reina á la Madre de Jesus. Mas lenta fué en Dinamarca la propagacion del Evangelio; y por influjo del santo rey Olao la Suecia acójio en el dorado recinto de Upsal al Dios de los cristianos y á la Reina de los ángeles.

Pero, ¡qué lástima! El culto de María, que por tanto tiempo habia flo-

recido en los tres reinos del Norte, como lo acreditan aún sus grandiosos monumentos, quedó como una flor marchitada por el viento abrasador de la Reforma. La Prusia habia recibido la luz de la fé bajo la proteccion de Maria, y en el Bajo Imperio la adoracion á la Madre de Dios llegó hasta el mas alto punto á que podia clevarse el culto de *hiperdolia*. Los griegos, pueblo amable é ingenioso que ofreciera incienso al *Dios desconocido* y erijiera altares á la Misericordia, halló en la *toda santa* cuantas bellezas y atractivos le ofrecian sus númenes fabulosos. Constantino y sus sucesores pusieron á su imperio bajo el manto protector de Maria. Y entre esos mismos griegos, tan adictos á la Virgen, ¿quién lo creyera? abortaron las herejias mas contrarias á su dignidad y á su culto. Nestorio disputaba á Maria su título de *Madre de Dios*, y los iconoclastas arrastraban sus imágenes por el lodo, quemándolas en las plazas públicas. Mas tarde, empero, repararon tan graves insultos, rindiéndole toda clase de homenajes, y combatiendo bajo sus auspicios; y ni aun hoy dia, abatidos y dominados por el alfanje turco, han perdido su devocion á Maria. En el concilio celebrado en Efeso en 431, para anatematizar la herejia de Nestorio, aparece el fervido entusiasmo de los griegos y de todas las costas del Asia menor á favor de la Santa Virgen. Y su culto, recibido con igual fervor entre los griegos y los bárbaros, se propagó desde el poniente á la aurora con asombrosa rapidez. La tierra, que vió nacer tan preciosa planta, no fué la que la cultivó con menos empeño. El Oriente la eligió por su Señora, y á él pertenece el honor de haber instituido las primeras festividades en honra suya. Los monumentos religiosos de los campos de la Palestina dedicados á la Divina Madre, Santa María de Nazareth, Nuestra Señora la Nueva en Jerusalem, la basilica de Santa María en Damasco quemada por los mahometanos en 924, los conventos dedicados á la Virgen en el Egipto, en la Siria y en la Caldea, demuestran el culto magnífico que tuvo allí la Madre de Jesus, descollando entre todos los monasterios orientales el Monte Carmelo, cuya fundacion se pierde en la noche de los tiempos, así como se perdió entre los aires el carro de fuego que arrebató de la tierra al profeta de Maria.

Hasta los infieles de Oriente conservan un religioso respeto á la Virgen purísima de Nazareth: los turcos y persas la honran y la invocan como á la mas perfecta de las mugeres: los armenios y coptos celebran con varios ritos las festividades de Maria, y los etlopes llevan esta devocion hasta el fanatismo. La secta de los arrianos hizo decaer algun tanto el culto de Maria, pero renació bajo las victoriosas banderas de los francos, y brilló durante los reinados de los principes merovingios, continuándose por los Capetos y demas reyes de Francia.

El culto de la Virgen floreció algo mas tarde, despues de la primitiva Iglesia, á medida que su proteccion se dejó sentir en las grandes calamidades de los pueblos. La edad media la consagró sus hechos de armas y sus torneos; y su nombre, traducido en todas las lenguas de Europa, era el grito de guerra de los barones flamencos, daneses y anglicanos. En sus altares se deponian ó colgaban los despojos del enemigo, y en honor suyo se entonaba el himno de la victoria. Maria reinaba en los altares y en los campamentos, en los consejos de los reyes, en las repúblicas, en el hogar doméstico. Los españoles no cedian á los italianos en su devocion á la Madre del Salvador: en sus galeones cargados de barras de oro llevaban la estatua de la Virgen de plata maciza, ante la cual oraban mañana y tarde los emprendedores marinos del tiempo de Isabel la Católica. En época menos remota, habiéndose apoderado en cierto combate naval de una de estas imágenes los forabantes de la isla de la Tortuga, los españoles, aunque despojados de todo lo que poseian, solo pensaron en reclamar la Madona, objeto de su veneracion: entabláronse negociaciones con los piratas, únicamente para librar á la Santa Señora de las profanaciones á que estaba espuesta entre hombres que afectaban vivir sin fé ni ley, pero fueron infructuosas.

María fué invocada por los portugueses en el descubrimiento de las Indias Orientales: y esta devocion cordial á la Virgen era aún general á fines del siglo XVI. En los tribunales, en las universidades, en los palacios, en las casas particulares, en todas partes dominaba este amor y tierno respeto, hasta que los sectarios del mismo siglo se desencadenaron contra las imágenes de Maria y de los Santos, y proclamando en materias de religion la soberania de la razon privada, se afanaban para sofocar tiránicamente en los pechos el dulce amor de Maria. Cubrieron de escombros y de sangre una gran parte de la Europa, y no es posible trazar con palabras la historia de tantas atrocidades, de tantas escenas de exhalada barbarie, de una crueldad sin ejemplo. Treinta mártires jesuitas españoles, fueron sumerjidos en los abismos del mar por los intolerantes idólatras de la reforma, y murieron sin abrir sus labios, como su divino modelo. Sin embargo, los protestantes han menguado mucho de su primitiva fiera, y ahora son mas tolerantes, porque tienen menos fé en sus doctrinas, que están palpitando en su agonía, pues el mundo culto, se vá repartiendo ya entre dos solas banderas, el catolicismo y la incredulidad, y ese término medio que se llama reforma, no parece sino como el primer golpe dado contra las creencias cristianas y la sociedad. Sabido es ya cómo se arrancó el catolicismo en Inglaterra, el pueblo de los santos, el pueblo mas adicto, mas tiernamente amante de la Madre

de Dios. La caprichosa y feroz tiranía de un príncipe voluptuoso, los desconciertos, absurdos y el servilismo de su parlamento, y la vergonzosa codicia de los grandes de su corte, sofocaron la voz universal del pueblo inglés, tiranizaron sus deseos, se afanaron en arrancar sus mas dulces convicciones, le dejaron sin iglesias, sin hospitales, sin asilos, sin comunas y sobre todo sin esperanza, á este pueblo que iba á orar por la noche sobre los altares derribados de las hermosas y benéficas abadías, cuyos recientes poseedores habian empezado por desterrar la limosna y la hospitalidad.

El nombre de María ha quedado en aquellos desgraciados pueblos como un hermoso suspiro exhalado por un arpa antigua colgada de un sauce abandonado, que recuerda dias bellos de armonia celeste y de expansiva felicidad. La memoria de María es indestructible en los pueblos donde una vez ha ejercido su dulce imperio: donde quiera deja señales ostensibles de su existencia. Las catedrales católicas ostentan en sus frisos los milagros de la Madre de Dios, y su imájen en las vidrieras: quedan vestigios de sus altares en las lozas de mármol, gastadas por las rodillas de diez generaciones católicas. Parece que la Virgen protesta contra el decreto sacrilego que la desterró de la Gran Bretaña, y que su sombra ha dejado algo todavía en el ingrato pais donde la invocaron tanta multitud de santos que ahora triunfan en el cielo. Las melancólicas y pintorescas ruinas de los monasterios dedicadas á la Virgen, pueblan tambien las mas bellas comarcas de Alemania; todavía conservan su nombre muchas ciudades del Norte: llévanle algunos golfos de Dinamarca, y la Estiria. el Austria, la Iliria, la Suiza, el Tirol, el Gran Ducado de Baden, poseen aún santuarios donde acuden á orar devotamente á Nuestra Señora las poblaciones católicas de la otra parte del Rhin.

Apareció empero el Nuevo Mundo, y en él recuperó el culto de María lo que habia perdido en el antiguo. Multitud de misioneros de varios paises, sintiéndose devorados por una ambicion santa é insaciable de conquistar almas para Jesucristo, partieron, en particular de España, con una imájen de la Virgen, y acometieron la grandiosa empresa de civilizar á las dos Américas bajo la proteccion de la Estrella de los Mares. Penetraron en la India, Ceilan, el Japon y la China, y en todas partes fué recibida con amoroso entusiasmo la dulcísima imájen de María. Ella abate para siempre en Lepanto el orgulloso invasor del Islamismo; todos los monarcas de Europa se acogen bajo su manto. Una revolucion, hija de la del siglo XVI, arroja otra vez en el centro de Europa á la Virgen de sus altares y á Dios de sus templos. Y cuando parecia que su memoria iba á hundirse para siempre en la mas bella parte del mundo, aparece

otra vez radiante de gloria, á pesar de las miserables parodias que otros pueblos, ó sea otras masas de hombres, que usurpaban su nombre, hicieron de aquel atroz y bastardo sacudimiento social y religioso. Actualmente el culto de María se propaga, aunque lentamente, en las Indias de América, y el rosario se reza en lo mas profundo de sus bosques. La Siria, la Grecia, la Francia, la fiel Italia, la España, mas fiel aún, le rinden culto, la veneran, la aman, ponen en ella toda su esperanza. Todavía admiramos muestras evidentes y asombrosas de la visible proteccion de la Madre compasiva de los pobres y desvalidos. Todavía vemos salir de nuestros puertos una nave que lleva hijos de nuestra patria, que bajo el estandarte de María van á propagar la luz de la fé y de la civilizacion á las distantes regiones de la Australia.

Desde el pilar de Zaragoza como desde un faro, la tierna devocion de María alumbra los anales de nuestra historia y se estiende por todos los siglos. Teodosio, aquel emperador español grande por sus virtudes y por su celo, levantó sobre el sepulcro de María una iglesia sostenida por columnas de mármol, en el siglo IV, mientras que en el V los himnos de Prudencio, poeta Cesar-angustano, subian hasta el trono de la Emperatriz de los cielos. La imájen de Guadalupe, célebre ya en el siglo VI, segun Mariana, por sus milagros, fué objeto de veneracion profunda y de culto magnífico para los monarcas españoles de los siglos posteriores. Ya en el siglo VII se celebraban en España la Anunciacion y la Purificacion de la Virgen, para cuyas festividades compuso, segun se afirma, algunas misas muy devotas y oportunas San Ildefonso, obispo de Toledo; al cual recompensó la Santa Virgen, con patentes prodigios el ferviente celo que desplegó en honra suya. En el siglo VIII la visible proteccion de María ocupa la primera página de las glorias españolas contra sus invasores sarracenos, y el nombre de Pelayo se enlaza con el de Nuestra Señora de Covadonga, á la cual erigió aquel héroe una iglesia en el lugar mismo en que alcanzó su primer é inesperado triunfo contra los enemigos de su fé. Descuella en el siglo IX, como las altísimas cúspides de sus montañas, la Virgen de Monserrate, venerada por tantos siglos, de tantos reyes y de tantos pueblos, cuyo magnífico santuario se levanta en medio del antiguo principado, como un panteon de defensa y de misericordia. La catedral de Leon, ornamento precioso del género gótico, es un monumento perenne de la piedad con que el rey Don Ordoño II, en el siglo X, le dedicó al culto del Señor, bajo la invocacion del último triunfo de María al ser subida á los cielos, cuya estatua sobresale en su altar principal. La iglesia de Toledo atestigua cuánto deben los españoles á la proteccion de María bajo el título de la Paz, por la cual en el siguiente siglo fué

conservado aquel grandioso santuario y preservado del furor de sus invasores. Don Alonso el Batallador, hallándose en Tafalla el año 1129, decretó la repoblacion del Burgo de Pamplona, destruido en tiempos anteriores; y en el respectivo *Tuero*, base de la célebre legislacion navarra, donó la nueva poblacion á Dios y á Santa Maria, patrona de su iglesia Sede, é invocada en su Asuncion gloriosa. El español Domingo de Guzman, á principios del siglo XIII, llenó el siglo y el mundo de las alabanzas de Maria con la santa institucion del Rosario; y en ese mismo siglo, al estandarte santo de Maria, desplegado en las Navas de Tolosa, se debe aquella eterna victoria dada por Alonso VIII de Castilla contra los moros, que puede considerarse como la lucha campal y definitiva entre los hijos de Cristo y los de Mahoma, segun frase de un escritor contemporáneo. A este siglo se refiere tambien la institucion mas heróica de la caridad fundada por Maria en Barcelona, de la que ya hemos hablado. Maria recibió los himnos que le consagraron el génio de Gonzalo de Berceo, el primer escritor que versificó en romance castellano, y del sabio rey Don Alonso, cuyo padre, el santo rey Fernando, atribuyó á la proteccion de Maria, cuya imájen llevaba siempre consigo en las batallas, sus conquistas de Córdoba, de Jaen y de Murcia, y todos sus triunfos militares. El rey sabio, su hijo, empezó en nombre de Dios y de su Santa Madre el código inmortal que le ha valido el título, como un moderno Salomon, de subir entre los reyes. Los grandes descubrimientos, así como las grandes victorias, se hacian bajo la dulce invocacion de Maria. Así como Pelayo habia invocado en Covadoga á la Madre del Dios de los ejércitos, los reyes católicos, despues de ocho siglos de combates, plantan la bandera de la cruz en los muros de Granada, invocando á Maria, y del mismo modo conquista Colon un nuevo mundo, poniendo tan dulce nombre á una de las primeras posesiones que hace como salir del desierto de los mares. Habia pasado ya el siglo XV, y la grande Teresa de Jesus quiere con una nueva reforma atajar los progresos de la reformadora impiedad, y el jóven de Austria abate y humilla para siempre sobre las ondas de Lepanto el orgullo del Oriente amenazador, con la proteccion de Maria. No concluyó el siglo XVI sin que la piedad de los monarcas españoles levantasen grandiosos templos al verdadero Dios en los países á ellos sometidos en la otra parte del Océano. Las catedrales de América son ricas como los torrentes de oro y de plata que de aquellas regiones vinieron á Europa; y entre ellas sobresalen la de la Puebla de los Angeles y la metropolitana de la corte de Moctezuma, y en ellas se veneraban ya entonces las gloriosas imágenes de Maria. Todos los santos fundadores, así de las órdenes religiosas como de las militares, eran inspi-

rados por la devocion y alentados por la esperanza de Maria. Las órdenes de Santa Maria de Montesa, fundada por Don Jaime II de Aragón, la de la Concepcion inmaculada, por Carlos III en el último siglo, atestiguan entre otras muchas instituciones, que los es imposible enumerar tan solo, que en España, tanto los reyes como los pueblos, así en las grandezas, como en los infortunios, se han cobijado siempre bajo el manto de Maria. Y en el siglo XIX ¿qué será? No dudamos, á pesar de todo, que al espirar, podrá la posteridad añadir algunas páginas de oro á la crónica española del culto de Maria.

Parece que el culto de la Virgen Madre sea un manantial fecundo en donde el génio, aun cuando se halla desheredado por la fé, anhela beber inspiraciones que no sabria encontrar en otra parte. La suave y poderosa aparicion de la Virgen Madre, lejos de abajar y comprimir el pensamiento humano, eleva y sostiene el alma en su vuelo hácia aquel mundo intelectual á do tiende el poeta, el artista, el hombre de génio creador, y que es como el país de las artes, y de los conceptos y sentimientos mas puros y deliciosos.

Los poetas cristianos han cantado á Maria: los pintores, casi todos, han tomado de su historia el asunto de algunos cuadros. Si hemos de dar crédito á una antigua tradicion, el evangelista San Lucas era pintor y dejó un retrato de la Santa Virgen, del que se han sacado numerosísimas copias. En los siglos de la fé, Cimabue, Giotto, Juan Bellini, el Perugino, Alberto Durer, trazaron, cada cual en su género, hermosos tipos de la Virgen Maria. En la época del renacimiento, entre los artistas sin número que han representado á Maria, ó sola, ó con el niño Jesus, ó en aquellas graciosas composiciones que se llaman Santas Familias, debe citarse en primer lugar, y como habiéndolos anticipadamente superado á todos, Rafael de Urbino, el cual supo dar á la Santa Virgen un carácter eminente de hermosura y de nobleza divina: tipo sublime, mágica creacion del génio, que todos han probado imitar y que nadie alcanzar ha conseguido. Despues de Rafael, débese nombrar Carracho, Poussin, Lesueur, Mignard y Murillo. Nadie ha expresado mejor que Lesueur, el profundo dolor, pero noble y celeste, de Maria al pié de la Cruz. Nunca las angustias del alma humana se han presentado de una manera mas augusta y en la que mas se descubra un pensamiento de fé y un sentimiento de resignacion. El pintor en este grande carácter de la Virgen ha llegado verdaderamente á la perfeccion del arte; y toda su composicion respira tan animada sensibilidad, que arranca al espectador como fuera de sí mismo, y le hace creer que se halla en realidad en el lugar de la escena, llenándole de un sentimiento indefinible de simpático dolor.

Murillo supo adivinar asimismo el bello ideal del arte en sus retratos de la Virgen, que pintaba de rodillas, y cuyos rasgos le salían del corazón. Cuando el genio se remontaba en las alas de la fé hacía estas concepciones sublimes, cuando el alma empapada de amor reflejaba la íntima convicción del sojuzgado pensamiento, y dirigía el pincel para dar libre expansión al sentimiento religioso que la dominaba, cuando el ejercicio del arte era un vuelo del corazón hacia los augustos objetos cuya realidad le ponía la fé ante los ojos, entonces se delineaba lo imájen de la verdad en sus más embelesantes coloridos: entonces el pintor sabía, por decirlo así, hacer descender algún tanto el velo de los misterios, para hacerlos en cierto modo visibles á los ojos del espectador que, al mirarlos, experimentaba los mismos sentimientos del artífice. La fé guiaba al arte, y le prestaba recursos desconocidos.

Tal fue María, Madre de Jesucristo, y nuestra comun madre, dándonos la Providencia la vida por el mismo medio que nos había dado la muerte, y volviendo en gloria suya lo que había causado nuestra ruina. La desobediencia de Eva, nuestra primera madre, nos había arrebatado la herencia de los cielos: la felicidad de María, la segunda Eva, hizo bajar otra vez la gloria y la felicidad sobre nuestras frentes de las que había caído la corona. Del seno de la primera salen la turba inmensa de las generaciones condenadas: en el seno de la segunda se forma la preciosa perla, entregada por el rescate de los hombres proscritos. De un gérmen infelizmente emponzoñado, nació después de cuarenta siglos una flor agraciada y pura. María vino á levantar á Eva de su caída, corregir lo pasado, ennoblecer lo presente y preparar lo porvenir, dando al mundo á Aquel que es la verdad y el amor.

Demos, aunque con mano débil, el último rasgo al cuadro de María. En el terrible sacudimiento que en éstos últimos años acaba de sufrir nuestra patria, parece que todos los espíritus que creen y todos los corazones que aman, hayan dirigido sus miradas hácia el astro de María. Cuando parecía que el cielo hubiese como abandonado al mundo á su propia actividad, y dejado en todo su funesto desarrollo la voluntad del hombre; cuando tras una persecucion de fuego y de sangre como la de los emperadores de Roma, ó la de los hijos de Atila, ó la de los frenéticos reformistas, se tenía que el soplo mortal de la indiferencia no hubiese helado los pechos que no latén ya sino por sus goces del momento y que dan muestras de haber renunciado tenazmente á toda otra felicidad; cuando los ojos se preparaban ya para llorar sobre la desolada Esposa del Cordero y sobre las ruinas de sus augustos monumentos, y el corazón á gemir sobre las ruinas más tristes todavía de la fé y de la esperanza, vagan-

do con dolor sobre los pueblos muertos enteramente para la vida de la verdad como por un vasto sepulcro; entouces es cuando se levanta en medio de esta noche tenebrosa en que creíamos sumerjido el mundo moral, la estrella brillante de María, como para librarnos del naufragio. Millares de almas, ardiendo en una llama divina, se alistan bajo sus banderas para conjurar como una cruzada pacífica el nuevo vandalismo que amenaza á la religion y á la sociedad, y hasta al seno de la familia. Y de repente se admira con asombro una reaccion santa de las inteligencias hácia el foco augusto de las verdades religiosas, una necesidad manifestada de nutrirse los espíritus con las doctrinas del órden sobrenatural que se había condenado como una debilidad, ó un caduco vestigio de añejas preocupaciones. La misma razon humana, asustada del precipicio á que le empujara la intolerancia del error, retrocede algunos pasos, y proclama la tolerancia de todas las opiniones como el último esfuerzo de la civilizacion del siglo. Sin embargo, la religion tiene que luchar frente á frente con todos los errores, que como espectros de terror se evocan de todas las antiguas escuelas, ataviándolos con formas nuevas y deslumbradoras. Pero su fuerza queda lánguida, su luz palidece ante el sol de la verdad, y si bien la generacion presente aparece en su mayor parte sumida como en un letargo de muerte, no obstante, la antorcha de la fé resplandece con todo su celeste fulgor en medio de los pueblos, ya fatigados, y su influjo obra lenta y poderosamente para producir una generacion más afortunada. A María se la pone como al frente de este movimiento general que se va operando en Europa, á pesar de todas las utopias y de todos los delirios: su dulce imájen se reproduce millares de veces y se propaga rápidamente, recibiendo quizás el ósculo secreto del que aparenta despreciarla. Un famoso hijo de Israel dá la señal de una conversion asombrosa, y mil otros Paulos caen por todas partes de sus soberbios corceles, aterrados por la voz de lo alto que les clama: ¿Por qué me persigues? Y el redil del Salvador va ganando prosélitos, como en los tiempos primeros de la Iglesia, que desertan de este moderno gentilismo para entrar en la grey de los escogidos. A María se erije un trono como á Reina, y se pone en sus manos el cetro del mundo, y sus hijos la rodcan y honran en homenaje perpetuo como sus cortesanos. Otras almas piadosas, no menos amantes, se acojen bajo las alas de su corazón maternal, después de haber adorado el corazón de su divino Hijo. Coros innumerables de vírgenes, á quienes está confiado tal vez ó el tesoro de la virginidad ó la direccion de la generacion futura, la aclaman por patrona y por Madre, con himnos incesantes y con pureza de corazón. Y en el mes de las flores, en que toda la naturaleza parece reflejar en su

faz rejuvenecida las gracias de María, se le consagran los bellos días de mayo, abriéndose los corazones á la Madre del hermoso Amor, como á una primavera del cielo.

Saludémosla, por conclusion, con el himno que un coro de vírgenes consagradas al Señor le canta todos los años entre los perfumes de las rosas del mes de María.

CORO.

Gloria de los cielos,
Placer de las almas,
Salve Estrella hermosa
De nuestra esperanza.

Cual rie natura
De flores ornada
Y en dulces perfumes
El aire embalsama,

Así fresca y pura,
María sin mancha,
Brillas para todos
Del Mayo en las galas.

El pecho inocente
En el candor te halla
Del lirio suave
Que aromas exhala,

Y entre la azucena
Modesta y nevada,
Tu sin par pureza
Su amor arrebatá.

Luna, Sol, Aurora,
Lucero del Alba,
Fuente que dá vida,
Soplo que regala,

Todo lo que brilla,
Todo lo que pasma,
Es de tu hermosura
Sombra desmayada.

Si Dios vistió el campo,
Matizó las plantas,
Y doró las nubes,
Y esmaltó la escarcha,

Te crió mas bella,
Virgen Soberana,
Y son tus reflejos
Las cosas criadas.

Todo cuanto al mundo
Cautiva y encanta,
Como emblema tuyo
Tu beldad ensalza ;

Que antes de los siglos
Cual pasmo de gracia
En el pensamiento
Del Señor ya estabas.

Ya de los profetas
Las célicas arpas
Antes de nacida
Tus timbres cantaban :

Tú eres cedro y mirra,
Tú eres rosa y palma,
Tú eres cinomomo,
Tú tórtola casta.

Tú paloma pura,
Tú luna sin tacha,
Tú huerto frondoso,
Tú fuente sellada ;

De Jacob estrella,
Luz de la mañana,
Tierra prometida,
Incombusta zarza ;

Arbol de la vida,
Del jardín entrada,
Del caudillo hebreo
Portentosa vara :

Torre de los fuertes,
Espejo sin mancha,
Cauce de agua viva,
Luz del ciclo clara.

Si el alma aflijida
Suspira apenada,
O aridez la seca,
O el vicio la arrastra,

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Su llanto tú enjugas,
Sus angustias calmas,
Y á Dios la conduces
Con maternal ansia.

Si tiembla la tierra,
Si el calor abrasa,
Si el suelo desola
Mortífera plaga;

¿A quién busca el hombre?
¿Qué remedio clama?
¿Qué poder invoca?
¿Cuál es su esperanza?

A tí el moribundo,
A tí el que naufraga,
A tí el perseguido
Su grito levantan;

De riesgos huidos,
De impetradas gracias,
Mil votos y ofrendas
Cuelgan de tus aras.

¡Consuelo del mundo!
¡Prez del que batalla!
¡Dulce mediadora
De la tierra ingrata!

Miranos piadosa
Cuál aquí á tus plantas,
De Dios te pedimos
El amor, la gracia.

Huya de nosotros
La culpa nefanda,
Y la sierpe impía
Que tus piés aplastan:

Madre la mas tierna
Hácia nos alarga
Tus manos radiosas
Que dones derraman.

Y prenda de vida,
Para nuestras almas
Sea noche y dia
Tu sacra medalla;

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Escudo del débil,
Del justo confianza,
Terror del abismo,
Tesoro de gracias.

Por bajo tu manto
La misera España
Ya que concebida
Sin lunar te acata:

Ella te suplica
Postrada á tus aras,
Que arda siempre viva
La Fé en nuestra patria.

Tres veces al dia,
Cuando nace el alba,
Cuando el sol mas arde,
Y al hundir su llama,

Salúdate el mundo
Y humilde te alaba,
¡Oh Virgen! que brillas
Del Mayo en las galas.







R. Rafael, autor.

Litog. de Duran.

La mujer de Putifar.



LA MUGER DE PUTIFAR.

En el delirio de un amor burlado
Lo que puede muger enfierecida
Quién ignora!...

(Virg. Eneid. V)

La muger, así como tiene vicios, tiene también virtudes que le son peculiares. Su organización es viva y delicada, su sensibilidad es profunda, sus pasiones son ardientes y tumultuosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por debajo de tierra ó por el flanco; apela á la astucia para conjurar la tempestad: huye, vuelve, desaparece para volver todavía y luchar siempre, hasta que triunfa por la importunidad, que es un remedo de la constancia. Su fin siempre es el mismo; pero cambia de medios, y sabe engañar sobre la fijeza de sus deseos por la multiplicidad de sus evoluciones. Encubre y protege sus más hábiles estratagemas con un aire de apacible y sosegada indiferencia, y disfraza con una calma aparente y con estudiada ignorancia aquellos artificios en que cifra sus más gratas esperanzas. Su imaginación sutil, á manera de prisma, descompone el pensamiento en tintes tan numerosos como deli.